

LA HISTORIA VERDADERA DE Alejandro Selkirk



Texto e ilustraciones de Vicente Mesina H.

La isla de Juan Fernández, de unos 20 kms de largo, emerge de las bronceas rompientes del Pacífico Sur con un aire desafiante, tal como si fuera una ciudadela fortificada.

Fue en esta isla, distante 650 kms. de continente, donde halló su obligado refugio un marino escocés de 28 años llamado Alexander Selkirk, abandonado a su suerte después de protestar enérgicamente contra la pésimas condiciones náuticas de su barco. Cuatro años y ocho meses habría de pasar en completa soledad, en este remoto y deshabitado rincón de nuestro océano.

Andando el tiempo, su relato, de extrañas y sorprendentes aventuras, impresionaría al publicista, escritor y espía Daniel Defoe, quien publicaría en 1719 su "Robinson Crusoe", sinónimo desde entonces de la perseverancia británica forjadora de un Imperio ultramarino.

Sin embargo, la verdadera historia de Robin-

son- Alejandro Selkirk, es en esencia similar a la creada por Defoe, pero con un sinnúmero de matices distintos. Es fácil imaginar a Selkirk hundiéndose en el agua hasta los hombros, implorando clemencia a su enfurecido y vociferante Capitán, suplicando que no le dejase abandonado, perdido en ese rocoso y verde desierto en medio de la inmensidad del océano. Mas todo fue en vano.

Quizás poseído de la mayor desesperación, Selkirk pasó revista a sus escasas pertenencias: una carabina, un puñado de pólvora, unas balas, una pequeña hacha, un cuchillo, una olla, un pequeño cofrecillo de abordaje con ropas, tabaco, instrumentos de navegación y por supuesto una Biblia. Selkirk no recibió provisiones de ninguna clase (al contrario de lo sucedido con el Robinson literario, a quien Defoe proveyó providencialmente de los restos de un barco naufragado).

Selkirk buscó primero albergue en una cueva, pero desde ella podía sentir de cerca el rugir de centenares de leones marinos que luchaban por el amor de sus hembras. Las primeras noches para

El verdadero Robinson, Alexander Selkirk. Aquí lo tenemos representado con su traje de pieles de cabra, tal como lo encontraron los marinos del "Duke" y la "Dutchess" de Rogers, en febrero de 1709.

él fueron de tormentoso desvelo... por esa razón Selkirk hubo de buscar una vivienda en las alturas que coronan la actual bahía Cumberland, llevando con gran trabajo sus escasas pertenencias en los hombros.

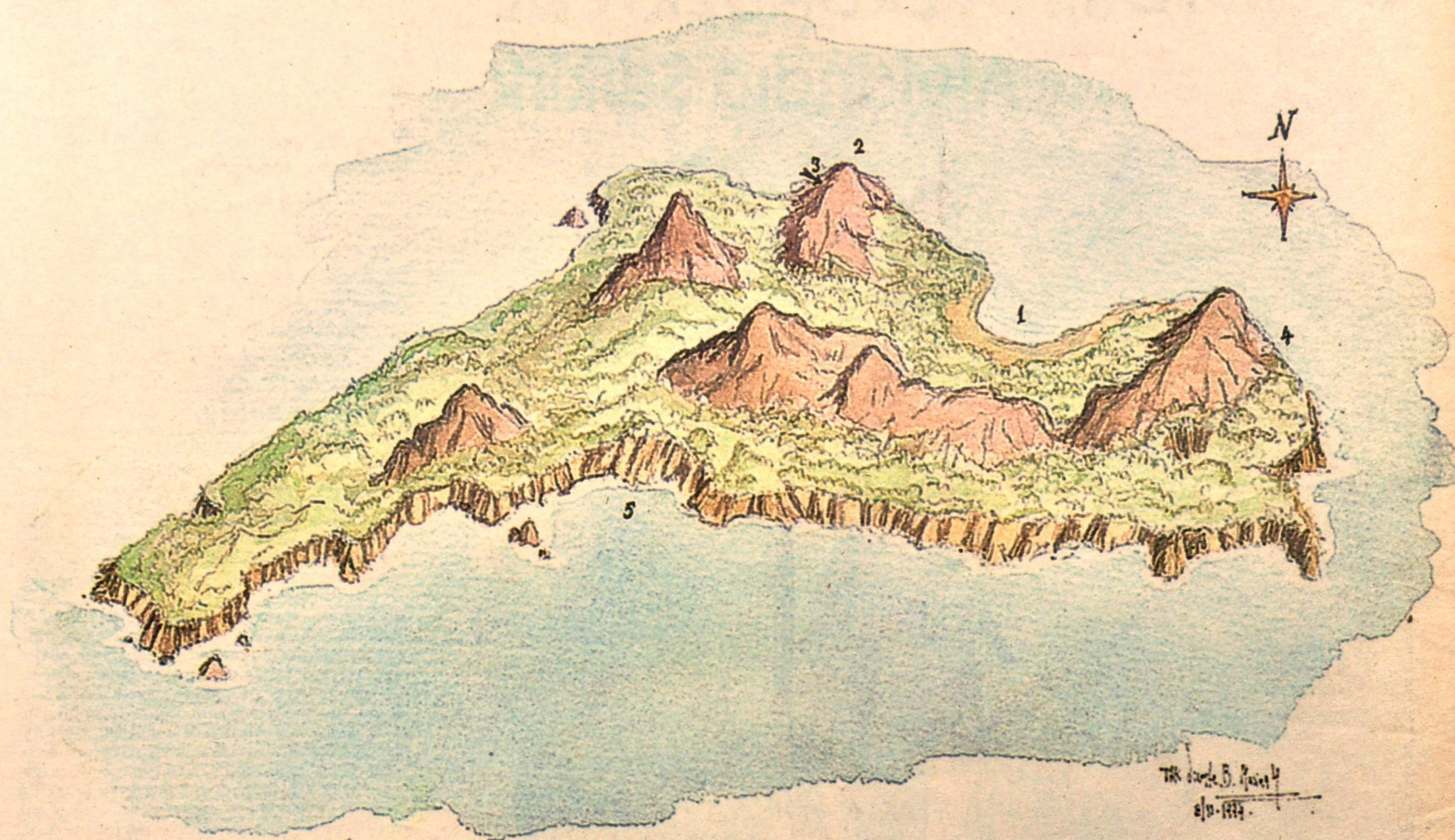
Una vez establecida en una de esas laderas su morada, Selkirk pasó semanas y meses interminables oteando el horizonte en busca de navíos que fueran su salvación. Estos tardarían aún cuatro años en llegar. El solitario habitante de la isla, al igual que el Robinson de Defoe, se sintió hundido en el terrible abismo de la soledad. Las perspectivas era desalentadoras y los recuerdos de su infancia y la vida llevada hasta entonces se plagaron de resabios de su culpabilidad, por lo que en aquellas circunstancias límites Selkirk leía y leía la Biblia y poco a poco su devoción lo libró de su melancolía.

Con el tiempo halló también el goce de esa naturaleza plena y cierto consuelo en esta soledad. Construyó dos cabañas con madera de pimiento, una para vivienda y otra para cocina, emplazándolas en un lugar poco accesible al que se podía llegar sólo escalando empinadas rocas. El Robinson literario temía a los canibales; Selkirk sentía el mismo temor, pero por los españoles. Hacia 1707 se luchaba la guerra de sucesión española. Ingleses y españoles eran enemigos declarados.

Un enemigo pequeño, pero no por ello menos peligroso fueron para Selkirk las ratas. Llegaron incluso a roerle los pies y las ropas mientras dormía. Las ratas se habían reproducido en la isla fabulosamente, probablemente habían llegado en algún navío. Del mismo modo, sin embargo, existían algunos gatos en la isla, a los que Selkirk echó mano cuidándolos y dándoles de comer sabrosa carne de cabra. Llegó así a domesticarlos de tal manera, que se "arracimaban por centenares en torno de su cabaña" y no tardaron de librar al inglés de la plaga de roedores. Encantado de la compañía de los felinos se divertía enseñando a los más inteligentes a bailar.

Entretanto, el alimento principal de Selkirk era la carne de cabra. Se sabe que no comió tortugas ni pescado, pero si gustó de las langostas. Por otro lado las hojas tiernas de ciertas palmeras le sirvieron como reemplazo del pan. Descubrió más adelante nabos, rábanos y otras hortalizas plantadas años atrás por algunos corsarios. Varias cabras domesticadas le suministraban leche. Cuando sus continuas expediciones en busca de comida acabaron destrozándole la ropa, agujerado con un clavo las pieles de algunas cabras, cortó tiras de cuero por hilos y se fabricó unos calzones, una chaqueta y un sombrero.

Muy pronto Selkirk gastó sus pocas reservas de pólvora. Se hizo, empero, un musculoso escalador de peñas y riscos, y adquirió una pasmosa



La isla Robinson Crusoe
 N°1 Bahía Cumberland
 N°2 Monte Pan de Azúcar
 N°3 Cueva de Selkirk
 N°4 Punta de Pescadores
 N°5 Bahía Villagra

agilidad persiguiendo, descalzo, a las cabras. Se cuenta que logró atrapar más de 500. El Capitán Woodes Rodgers, quien rescataría en febrero de 1709 al solitario soberano de este dominio ultramarino de S.M.B., atestigua que Selkirk atrapaba todos los días varios de estos caprinos para preparar succulentos "asados" a sus salvadores. Su agilidad era tal que se cuenta que vencía en carrera al bull-dog del barco.

En una ocasión, al apresar una de esas cabras salvajes, al borde mismo de un precipicio oculto por la tupida maleza insular, rodó peñas abajo y quedó 24 horas sin sentido. Se sobrepuso a los terribles dolores, logró llegar arrastrándose a la cabaña. Gracias a su previsión, para caso de enfermedad había domesticado a unas cuantas cabras madres que venían dócilmente a su cabaña y se dejaban ordeñar. A los 10 días estaba restablecido. (Defoe hace a Robinson tomar igual precaución).

En los años que transcurrieron antes de la llegada del Capitán Rogers, sólo dos barcos, dos fragatas españolas, recalaron en la isla. Arribaron juntas y Selkirk escapó ileso de sus perseguidores corriendo por el filo del acantilado. Selkirk cometió la imprudencia de dejarse ver antes de cerciorarse de la nacionalidad de los visitantes y los españoles, sin más aviso, dispararon sobre el ermitaño vestido de pieles de cabra y lo persiguieron. Mucho más ligero de pies el ermitaño corrió hasta llegar a un árbol, en cuya copa esperó temblando a que sus perseguidores burlados regresaran a sus botes.

Lo que en la actualidad se conoce como la

atalaya o el mirador Selkirk, está en un costado entre dos encumbrados picos.

Por lo general un caminante se tarda dos horas en ascender hasta llegar entre cortes de roca y plantas tropicales a una especie de prominencia desde donde se obtiene una vista espléndida. Al norte, al oeste y al sudoeste se extiende la vastedad del Océano Pacífico hasta más allá del horizonte. Desde este lugar, mes a mes, el solitario cautivo de la isla, buscaba con ojos ávidos la vela salvadora. Pero los pocos barcos que avistó seguían de largo surcando las olas, no viendo o no haciendo caso, a las señas de humo de la atalaya.

Así fueron pasando los años con angustiosa lentitud hasta que, la tarde del 1° de febrero de 1709, Selkirk avistó dos veleros que se dirigían a la bahía. Corrió a la playa y encendió una fogata. Junto a ella aguardó toda la noche. Temerosos de que se tratase de una emboscada española los dos buques corsarios "Duke" y "Dutchess" permanecieron expectantes hasta que al medio día del 10, Rogers despachó a tierra un bote con partida de reconocimiento. Los ocho marineros que la componían, armados hasta los dientes, no salían de su estupor mirando aquella estrambótica figura: un fantasma de ermitaño barbado y sonriente, cubierto de pieles de cabra y con un "aire más salvaje que las primeras propietarias de sus pieles".

Selkirk fue llevado a bordo y Rogers advirtió que el solitario había olvidado su lengua por falta de uso. Apenas si podía entendersele.

La dotación de los barcos, entretanto, se tardó 10 días en aprovisionarlos y remendar las velas. Selkirk ayudaba en la fuerza, cazando una tras

otras succulentas cabras. La historia que este último relató asombró tanto a Rogers que fue consignada en la bitácora del capitán. Este nombró a Selkirk segundo conrmaestre en el "Duke". Fue este probablemente el primer conrmaestre descalzo de que se tenga memoria. Los pies de Selkirk estaban tan encallecidos que pasaron varias semanas antes de que pudiera soportar los zapatos.

Ambos corsarios se hicieron a la vela rumbo al norte para continuar su lucrativo merodeo, y Selkirk fue nombrado conrmaestre del primer barco español que capturaron. Prosperando así, a costa de España, once meses estuvo Selkirk con los bucaneros de Rogers, saqueando barcos desde Chile hasta México y juntando un botín calculado en 800.000 libras esterlinas. Por fin a mediados de octubre de 1711 volvió el naufrago a su Inglaterra natal, a un festivo encuentro con su familia.

Contrajo matrimonio posteriormente, sin embargo, a los dos años se enroló en la Marina Real, muriendo en la costa de África a los 45 años.

Mientras estuvo en Londres vieron la luz dos relatos de sus aventuras en la isla desierta que le dieron celebridad. El primero, del Capitán Rogers en 1712, causó sensación. Al año siguiente Sir Richard Steele, conocido ensayista de la época, publicó una amena crónica, basada en la entrevista que sostuvo con Selkirk.

Seis años después, en 1719 salió de las prensas el "Robinson Crusoe" de Defoe, que tuvo un éxito de ventas fulminante. La historia se convirtió en leyenda.